nido paciencia para leer con la debida reflexión todo lo que te he declarado. Si no la has tenido, tanto peor para tí. De todas maneras, y con la promesa de volver á escribirte desde allá para que nada ignores de lo que debes de saber, recibe un apretado abrazo de tu amigo y ex-camarada de abominables glorias y de insanas fatigas,

NINO.»

II.

ENTRE DOS LUCES.

Mientras la carta precedente corría á su destino por la línea de Francia, el bueno de *Casallena*, más ojeroso y macilento que de costumbre, casi afónico de puro lacio y melancólico, explicaba á su interlocutor, hombre que ya le doblaba la edad y con cara de pocos amigos, las últimas torturas con que le había martirizado el azote de su temperamento. Es de advertir que los departientes ocupaban dos lados opuestos de una mesa del mejor café de aquella ciudad costeña que se menciona en la carta; que sobre la mesa había, amén de los codos de los dos personajes, un chocolate con mojicones y tostadas fritas, un platillo con pasteles y una copa llena de Jerez, en el lado correspondiente al joven Casallena, y á plomo de sus negras y no muy tupidas barbas; y en el otro lado, otra copa con un líquido refrigerante, que sorbía á ratos el hombre de la cara hosca, porque así se le calmaban ciertos dolores nerviosos del epigastrio, que á la sazón le mortificaban de tiempo en tiempo; que la mesa estaba junto á una de

las puertas abiertas de par en par de la fachada del edificio; que declinaba la tarde, y que el ambiente salino que se respiraba desde allí, despertaba en los ojos nuevas y más fuertes ansias de contemplar el panorama grandioso que tenían delante en cuanto miraban hacia afuera, saltando por el estorbo de la abigarrada muchedumbre que hormigueaba en la empedernida faja que sirve de divisoria entre los edificios enfilados con el del café de que se trata, obras mezquinas de los hombres, y aquella incomparable marina, obra maravillosa de Dios. De tarde en tarde entraba en el mismo establecimiento la familia de Amusco ó de Villalón, recelosa de que la gente de la ciudad la tuviera en poco para acomodarse allí, con su aparejo algo burdo «pa según lo que los currutacos usan;» pero dispuesta á darse un regodeo, con lo mejor y más caro de «la casa,» para quince días; ó el grave magistrado del Supremo, en vacaciones, hombre fino y culto si los había, pero con la aprensión incurable de que todo bicho viviente es un reo sobre el que pesa perpetuamente la jurisdicción de la Sala á que él pertenece; ó el gomoso, descuajaringado de tanto correr de la ciudad á la plaza y viceversa, en busca de algo que no encontraba... y por este arte, dos docenas de personajes desperdigados y aburridos, que se iban acomodando sosegadamente en este diván ó en aquella banqueta.

Así las cosas, llegó á decir Casallena, después de deglutir medio mojicón empapado en chocolate:

—Todo eso será verdad, y no deja de consolarme un tantico; pero le aseguro á usted que lo de anoche fué tremendo.

—Y ¿qué fué lo de anoche?—preguntó el otro, apretándose un ijar con la mano del mismo lado, y llevándose á los labios con la otra la copa medio vacía.

Á esta pregunta se tragó Casallena el resto del mojicón; y con masa de él aún entre las mandíbulas, respondió, mientras se limpiaba las puntas de los dedos con la servilleta:

—Primeramente me costó una brega de tres horas coger el sueño, si sueño puede llamarse aquel ligero sopor...

—Sueño, y de los mejores,—afirmó en tono desabrido el de enfrente, después de escupir la mitad del buche que había tomado de aquel líquido que, por lo turbio, más parecía agua de fregar que de naranja.

El joven del mojicón se le quedó mirando fijamente á través de sus quevedos, mientras, á tientas, empleaba las dos manos en partir, con los índices y pulgares solamente, una de las tostadas fritas. En seguida se puso á mojar á pulso la tira con que se había quedado en la diestra, y preguntó, con cierta inseguridad, volviendo á mirar á su interlocutor:

—¿De los mejores dice usted?

—De los mejores—insistió el interrogado, derribando al mismo tiempo hacia el cogote su chambergo de anchas alas, con lo que dejó al descu-

bierto toda su cara de coronel de reemplazo;—de los mejores, porque de ahí para adelante, caer en ello, tratándose de temperamentos como el de usted... si por su desgracia se parece al mío, como afirma, es peor que caer en un despeñadero. En esos sueños profundos hay golpes que contunden, y carreras vertiginosas, y cornadas de toros desmandados, y coces de caballerías, y casas incendiadas sin puertas por donde huir, y riñas á gritos con las personas más queridas, y deslealtades de amigos... todo lo que más duele y más fatiga en el cuerpo y en el alma. Salir de un sueño de éstos es como salir de una pulmonía. ¿Le pasan á usted cosas como éstas cuando duerme de veras?

El interpelado se tomó otra tira de la tostada, bien empapada en chocolate, y respondió como entre serias dudas:

—Le diré á usted: algo de ello...

—¡Algo de ello!—exclamó con desdén el interpelante, descolgando de sus narices, no chatas ciertamente, sus quevedos de oro, y poniéndose á limpiar sus cristales con el pañuelo.—Entonces se queja usted de vicio.

—¡De vicio!

—De vicio, sí, señor. Á mí me pasa todo eso y mucho más, y á diario... Tome usted nota de ello y prosiga. ¿Qué fué eso tan tremendo que le ocurrió á usted anoche?

—Vaya usted haciéndose cargo—respondió el joven metiendo mano á la segunda tostada.—Apenas atrapé ese poco de sueño que le dije... ¡zas!

una sacudida horrorosa de pies á cabeza. Hubiera jurado que me levantaba á una altura de dos metros sobre la cama, pero rígido y en una pieza, lo mismo que un tablón.

—Eso es el alfa de la educación histérica que está usted adquiriendo,—interrumpió el de los anteojos de oro, volviendo á montarlos sobre su nariz.

—Después—continuó el otro, á la vez que se limpiaba los labios con la servilleta, muy dulcemente, para no descomponer el artificio de sus bigotes, rizados hacia arriba por imperio extravagante de la moda,—se me fijó un dolor angustioso, que más parecía mordisco, aquí, muy adentro, entre el pericardio y la...

—¿Y nada más?—preguntó bruscamente el otro, arrojando á la calle el agua turbia que quedaba en su copa.

—Aguarde usted y perdone—prosiguió con mucha calma el mozo de los bigotes ensortijados hacia arriba.—Al mismo tiempo que ese dolor mordicante y aflictivo, sentía una sobrexcitación intolerable en el gran simpático, que, desengáñese usted, es la raíz de donde arranca esa plaga de sensaciones insufribles...

—¡Vaya usted á saberlo!

—Le aseguro á usted que sí; créame...

—Como usted guste.

—Á medida que se acentuaba la sobrexcitación —añadió el mozo sorbiendo y mordiendo, con gran pachorra, entre período y período de su relato,—

iba entrándome por la misma punta de los pies una especie de hormigueo cosquilloso de lo más inaguantable; este cosquilleo avanzaba cuerpo arriba, y, á cada paso de su invasión, se hacía más irritante; en la región del pecho, era manojo de ortigas; entre el colchón y la espalda, vidrio pulverizado, y entre las barbas, ¡oh! entre las barbas le juro á usted que no se podía resistir: lo mismo que si me las fregaran con un cepillo de alfileres punta afuera. No pudiendo parar en la cama por más vueltas que daba en ella y posturas inverosímiles que tomaba, levantéme de un salto, vestíme medio á obscuras, me pasé el resto de la noche en claro y me cogió el nuevo día molido de los huesos, quebrantado de espíritu y con el cerebro hecho un bodoque.

Miró al decir esto con ojos de pena á su interlocutor, que le contemplaba con cariñosa curiosidad, mientras se afilaba tan pronto las puntas de sus bigotes grises como la de su perilla cana; y como éste no cesó de contemplarle ni le dijo una palabra, el joven, limpiando las paredes interiores de la jícara con el último pedazo de las tostadas, y después de tragarse la sopa resultante, encaróse de nuevo con él y le dijo:

—Vamos á ver, ¿qué tiene usted que replicar á eso?

—¿No tiene usted nada que añadir á ello?—preguntó á su vez el interpelado.

—¿Qué más he de añadir, hombre de Dios? ¿Aún le parece á usted poco?

—Pues si no pasa de ahí la historia—respondió el otro encendiendo un pitillo,—insisto en lo que le dije: todo eso que á usted le sucede, es el alfa de la cosa; la primera estación del Calvario á cuya cima han llegado ya otros mártires con la pesada cruz á cuestas.

—¡Morrocotudo consuelo para mí!—replicó Casallena, retirando hacia el centro de la mesa el servicio vacío de chocolate y poniendo en su lugar la copa de Jerez y el platillo con pasteles.

—Hombre—dijo el de los bigotes grises y la cara hosca,—según dictamen de usted mismo en parecidas ocasiones á ésta, consuelo le resulta de saber que hay otros desdichados que padecen los extraños males de usted.

—Pero ¿es verdad—preguntó el joven remojando en el Jerez un *español*,—que hay alguien que padezca esas tarantainas que yo padezco? ¿tantas y tan fenomenales? ¿que las haya padecido usted?... ¿que las padezca todavía?

—¡Hormigueos cosquillosos!... ¡dolores mordicantes!... ¡cepillos de alfileres!—exclamó el hombre, echando una humareda de su cigarro por boca y narices, mientras su interlocutor sorbía media copa de Jerez para facilitar la deglución de un tercio de canutillo que se había tragado en seco.—¡Valiente puñado son tres moscas!... Pero después de todo, ¿qué mil demonios me pregunta usted á mí? ¿No es usted médico, y (sin adularle) de los de buena casta? Y ¿es posible que en la práctica de su profesión, aunque no larga todavía, no haya

hallado usted datos bastantes para darse las respuestas que á mí me pide?

—Gracias por el piropo, señor y amigo de mi alma—dijo impasible, imperturbable, el joven.—Cierto que soy médico, aunque indigno y por mi desdicha; pero (y acepte usted esta honrada confesión que voy á hacerle, como si me fuera á morir) no digo á mí, que ahora comienzo, pero á los mismos que ya se caen de viejos en la profesión, ¡les da la ciencia cada castaña... y tan á menudo!... De esas enfermedades *que duelen* de verdad y son tan antiguas como el hombre, sabe uno la génesis y las guaridas, y hasta las mañas; se las persigue y se las encuentra por mucho que se escondan; se las pesa y se las mide; y, por último, se lucha contra ellas cara á cara y en terreno despejado; y si no se vence siempre en estas luchas, queda el consuelo de haber luchado con honra; pero de estos males nuevos, que ni se ven ni se palpan; que sin doler matan, dejándonos sólo la vida necesaria para sentir las angustias de la muerte; de estos males de ahora, que traen su origen quizás del mundo que fenece y de la raza humana que degenera y se encanija, no se sabe, mi respetable amigo, una palabra; son la verdadera laguna de la ciencia de curar; y como sucede en las demás ciencias con sus lagunas respectivas, nosotros, no pudiendo sanear la nuestra, hemos querido taparla con algo que deslumbre á los profanos; y la hemos puesto un mote en griego: la llamamos *neurosis*, ó *neuropatía*, ó *histerismo*... y con ello, queriendo explicarlo todo, no explicamos nada; pero salimos del paso con el paciente que se queja de que le canta y le aletea un canario en el pecho, ó que le muerden ratones las alas del corazón, ó que siente martillazos en el cerebro y vértigos que le hacen ir de cabeza cuando más descuidado está, ó que no halla, á lo mejor, suelo firme en que pisar, á lo más deleitoso de su paseo... «Fenómenos histéricos sin importancia maldita,» le decimos, por decirle algo; y si con ello no se consuela, le añadimos aquello de «por males de nervios, nunca se tocó á muerto;» y si todavía no se conforma, le citamos á Juan, á Pedro y á Diego que padecen lo propio que él; y si ni aun esto basta, le añadimos que no tienen cuenta los años que llevan padeciéndolo. Ordinariamente, con esto se satisface... por de pronto. Fíjese usted bien—añadió con gran parsimonia el preopinante, después de apurar de un sorbo, bien sostenido, su copa de Jerez, y de echar la zarpa á un almendrado del platillo:—se consuela con lo mismo que desalentaría á otro enfermo que no fuera nervioso: con saber que sus males pueden durar tanto como su vida, por larga que ella sea. ¿Ha visto usted cosa más rara? —concluyó, hincando los dientes en el almendrado.

—Sí, señor—respondió el interpelado, sin titubear.—He visto, estoy viendo á cada rato, incurrir en el propio absurdo vulgarísimo á los mismos hombres de ciencia que se asombran de que el vulgo incurra en ellos.

—Verbigracia, yo, ¿no es eso?—repuso el mozo dando la segunda dentellada á su pastel.

—Cabalmente,—contestó el otro.

—Pues siento—dijo Casallena sin dejar de mascar,—que me haya usted tomado la delantera con la pregunta. Justamente iba yo á citarme á mí propio como ejemplo de ese absurdo. Sí, señor: yo, médico y todo, consulto mis males con el primer nervioso que me quiera oir, y me consuelo con saber que hay pacientes con mayor carga de ellos que la mía, y hasta me creo curado si se me asegura, con un testimonio vivo, que se llega á la vejez más remota con esa cruz á cuestas. Ya habrá podido usted observar—añadió el joven zampándose el tercero y último pedazo del pastel,—el singular deleite con que yo me permito departir con usted muy á menudo sobre estas cosas; con usted, el ejemplar más rico de variedades morbosas, de la especie en cuestión, que yo he conocido.

—Es favor,—dijo aquí con mucha cortesía el aludido.

—Le juro, mi respetable y respetado amigo—replicó el otro sin atragantarse con el pastel que mascaba,—que es justicia seca, por desgracia de usted. Sí, señor; y usted no sabe todo el placer y bienestar que me proporciona, cuando en mis tristes alegatos, como los de hoy, me devuelve ciento por uno, y particularmente si á cada nuevo fenómeno de los que le pinto en mí, me responde que le conoce usted treinta años hace por experiencia propia...

—Tantísimas gracias—recalcó el otro entonces, saludando con la cabeza.

—Es la verdad—prosiguió el médico,—aunque usted se empeñe hoy en meter el asunto á barato; y no por la increíble enormidad de que yo fuera capaz de gozarme en los padecimientos de usted, sino por el absurdo disculpable y corriente de que antes hablábamos; porque cuanto más envejecido veo en otro paciente el mal que me atormenta á mí, más garantías de larga vida me ofrece. De todas maneras, amigo y señor mío de mi alma—continuó el mozo dando la primera dentellada al último pastel del platillo,—dure lo que durare este suplicio que padezco... y padecemos, es muy duro de sufrir: no hay hora placentera, ni rato con sosiego; se desmedra y aniquila uno tontamente...

—Y ¿qué tal de apetito?—preguntó aquí de golpe y muy risueño el escuchante, después de echar una rápida ojeada al pedazo de pastel que tenía Casallena entre manos, y á la cacharrería desocupada que quedaba á su lado sobre la mesa.

—Pues gracias á que no le he perdido por completo—respondió el interpelado muy serenamente y sin alterar el ritmo acompasado de su masticación.—Con el estómago sin lastre, soy hombre muerto.

—Y por eso lastra usted á menudo, á lo que veo.

—Maquinalmente, créalo usted.

—De modo que con este lastre, ya no necesita otro... hasta el de la cena?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Es posible que tome antes un sorbete... Me entonan mucho esas golosinas heladas cuando estoy nervioso, como estos días empecatados.

Sonrióse aquí el hombre maduro, y cambiando súbitamente de gesto, preguntó al mozo:

—Y dígame, compañero de plagas, y hablando con la mayor formalidad, sin que esto quiera significar que ha sido broma lo otro, ¿no ha hallado usted, en medio de las torturas de su neurosis, algo, relacionado con ella, que moleste más que la neurosis misma?

Meditó unos instantes el interpelado, mirando de hito en hito al interpelante, y acabó por encogerse de hombros.

—Pues yo lo he hallado muchas veces—dijo entonces el último:—ciertas gentes que le motejan á usted de huraño si sufre en silencio el azote de sus males; y le califican, con burla, de aprensivo, y le comparan con las mujeres dengosas, si les expone usted el motivo de la mala cara con que le ven y por lo cual le riñen. Para estas gentes, naturalezas de pedernal, nadie está enfermo mientras no lleve las tripas en la mano ó la cabeza despachurrada. ¡Y esas mismas gentes, pletóricas de salud, llaman al médico á deshora porque tienen la lengua un poco blanquecina!

—¡No me hable usted de esas gentes!—exclamó el joven, exaltándose de golpe hasta la indignación.—Las conozco bien; me han atormentado mucho con sus zumbas irracionales... No soy hombre sanguinario ni rencoroso; pero le aseguro

á usted que, al oirlas, las hubiera pegado un tiro.

—Justamente—asintió el otro con la mayor sinceridad.—Un tiro. Es lo único que se me ha ocurrido á mí en cada caso idéntico; pero un tiro en la misma boca del estómago. ¡Egoístas! Y vamos á otra cosa: ¿quiere usted, no sanar, porque eso es imposible, pero aliviarse algo de esas tarantainas?

—Pero, hombre, ¡si llevo agotados cuantos recursos caben en todos los sistemas curativos, desde la hidroterapia hasta!...

—¡Qué hidroterapia ni qué camuesas! Todo eso es... *barometría,* como dice un comprofesor de usted, que no ha querido ejercer desde que se toma la temperatura del enfermo con termómetro, y se le dan inyecciones de morfina entre cuero y carne. ¿Ha visto usted muchos carreteros con neurosis? ¿muchos cavadores?... ¿muchos hacendados de esos que parecen cavadores y carreteros?

—Ni uno.

—Pues ahí está el golpe: hágase usted un poco carretero, un poco cavador, un poco negociante; quiero decir, despréndase de aquello que más le separa espiritualmente del negociante adocenado, del cavador y del carretero, y verá usted cómo, poquito á poco, se va usted robusteciendo y entonando. El consejo no es nuevo ciertamente; pero no por viejo deja de parecerme más racional y recomendable cada día. Usted, como poeta, pero de los nacidos para serlo... Y note usted de paso, amigo Casallena, qué fino estoy esta tarde:

antes le ponderé como médico, y ahora le ensalzo como poeta...

—Así estoy yo de abochornado y de corrido...

—Son más sinceros mis elogios que esa protesta; y si le he llamado la atención hacia ellos, es porque, como usted sabe muy bien, no los uso á diario... y vamos al asunto. Usted es poeta, repito; y como tal, lleva usted en el cerebro y en el corazón mayor cantidad de ideas y de sentimientos que la que proporcionalmente le correspondería si la distribución de esos dones la hiciera Dios por partes iguales entre sus criaturas más ó menos racionales. Esa sobrecarga, amigo mío, es la que desequilibra y abruma, porque, con singularísimas excepciones, siempre cae en cuerpos que no pueden con ella. ¿Qué tiene usted que oponer á esta teoría?

—Nada absolutamente como teoría; pero como caso práctico referente á mí, mucho, ¡muchísimo!

—A ver?

—Ni yo soy poeta del calibre que usted me da, ni hay en mí esa sobrecarga de ideas ni...

—Pura modestia, más ó menos falsa.

—Corriente; pues seamos inmodestos por un instante, y supongamos que llevo sobre mí ese excesivo bagaje que usted dice: ¿cómo me las arreglo para ser un poco carretero, y un poco cavador, y?...

—Escandalícese del consejo, y llévenme á la cárcel, por dársele, los que no sean cavadores, ni carreteros, ni hacendados que lo parecen; pero tómele si tiene mucho apego á la pelleja: no haga usted coplas.

—¡Santas y buenas! —Pues si no escribo una medio siglo há...

—El escribirlas es lo de menos: lo grave está en pensarlas, en el condenado vicio de estar revolviendo de día y de noche el rescoldo de la mollera. Eso es lo que mata. Haga por olvidar que le tiene allí, acostumbrándose poco á poco á mirar más hacia afuera que hacia adentro; déjese de ser haragán, y conviértase en hombre trabajador.

—Perdone usted; pero me parece que no casa bien con lo otro de las fatigas y vigilias de que usted quiere descargarme, para mejorar de salud, eso de llamarme haragán...

—Es que no soy yo quien se lo llama: se lo llaman el cavador y el carretero, y el negociante rico que parece carretero y cavador. Para estos vanidosos del trabajo, no merece tal nombre el que no pueda traducirse inmediatamente en fruto positivo y material, como el trabajo del buey. Pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, luchando á brazo partido con los fantasmas de la cabeza; perder la salud y la vida por dar forma, y color, y movimiento en un rimero de cuartillas á un mundo que le bulle á usted en embrión en la sesera, no es trabajar ni Cristo que lo fundó. Los trabajadores de esta especie son vagos de profesión en el concepto de aquellos caballeros admiradores del buey, lo cual no impide que, cuando son *ponentes* en un litigio sobre ochavos, ó se que-